

Dangerous Secret Vows

Capítulo extra

Frankie

El refugio era el mismo caos controlado de siempre. Perros ladrando juguetones mientras correteaban fuera en el patio, voluntarios charlando con posibles adoptantes y algunos de los gatos recién rescatados maullando desde sus jaulas. Me encontraba en medio de todo aquello con una carpeta bajo el brazo, observando a dos voluntarios discutir amablemente sobre si el chucho atigrado del canil tres parecía más un bóxer o una patata muy confundida.

Nunca me cansaba de este lugar.

—¿Frankie?

Me giré al oír mi nombre justo cuando la puerta principal se abría de par en par.

Silas estaba allí plantado, con un impecable traje gris marengo y los zapatos tan lustrados que

parecían espejos, sosteniendo una caja de cartón que se movía. Se retorció, más bien.

Algo en su interior soltó un gañido.

Parpadeé. —¿Eh..., hola?

Gio, que había estado apoyado en el murete con un café en la mano, se incorporó de inmediato. Pasaba más tiempo aquí que en su oficina y hacía meses que no visitaba ninguno de sus clubes, a pesar de las súplicas de Griffin.

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Gio.
—Nunca pensé que te vería por aquí.

Silas tensó la mandíbula. —He encontrado a estos cerca de mi edificio de oficinas. En un callejón, junto a un contenedor de basura. Iba de camino a una reunión.

Lo dijo como si el inconveniente fuera una afrenta personal.

Se oyó otro gañido, seguido de un diminuto ladrido que sonó más bien a hipo.

Yo ya me estaba moviendo. Dejé la carpeta sobre el mostrador. —Tráelos aquí.

Silas me siguió con cautela, como si la caja pudiera explotar. Cuando la dejó sobre la mesa, abrí las solapas.

Dos cachorros me miraron parpadeando. Todo en ellos eran patas y orejas, enredados en un revoltijo de pelo marrón y negro; sus ojos todavía eran de ese azul suave e incierto que hacía que me doliera el pecho por puro reflejo.

—Oh —susurré.

Uno de ellos intentó salir de inmediato, resbaló y se dio de bruces contra mi muñeca.

Detrás de mí, Gio emitió un sonido grave. —Cielo santo, son jovencísimos.

Silas retrocedió una fracción de segundo. —No he visto a la madre por los alrededores. Están ilesos. Los he revisado. No presentan heridas evidentes.

—¿Los has revisado? —le miré de reojo.

Su boca hizo un leve movimiento, como si detestara que me hubiera dado cuenta. —No soy idiota.

Cogí a un cachorro y luego al otro, acomodándolos contra mi pecho. Olían a polvo, a mugre de ciudad y a algo dulce por debajo de todo aquello. Vida, terca y persistente.

Gio se acercó más, asomándose. —Sabes —dijo con naturalidad—, que así es como empieza esto.

Silas le lanzó una mirada. —¿Con qué?

—Con la adopción. —Gio señaló a los cachorros con la cabeza—. Los traes, te enamoras y de repente estás comprando camas para perros y discutiendo con Frankie sobre los piensos sin cereales.

—No voy a adoptar cachorros —dijo Silas, tajante.

Uno de los perritos se inclinó hacia Silas, intentando lamerle la barbilla.

Me reí. —Les gustas.

—Qué mala suerte.

Sacudiendo la cabeza, los coloqué en la mesa de exploración y confirmé lo que Silas había dicho; parecían estar en buenas condiciones, quizá un poco delgados.

—Les prepararé un poco de leche de fórmula para cachorros. Con suerte, beberán del biberón con facilidad, aunque si puedo meterlos con una de las madres lactantes que tenemos aquí, sería lo ideal —dije, cambiando ya de registro, dejando paso al instinto profesional.

Silas miró su reloj. —Haz lo que tengas que hacer. Ya llego tarde.

Gio enarcó una ceja. —¿Todavía piensas ir a la gala de esta noche?

—Sí. —Silas cuadró los hombros y su armadura volvió a encajar en su sitio—. La gala benéfica de los Sullivan. De etiqueta. Discursos interminables. Muy aburrido.

—¿A qué causa benéfica se dedica este año?
—preguntó Gio.

Silas vaciló lo justo para que se notara.

—Niños de acogida —dijo finalmente—. Y niños en proceso de adopción.

No miré a Gio. No me hacía falta. Él me había hablado del pasado de Silas.

Silas se aclaró la garganta. —Es una buena causa. Y los Sullivan atraen a la gente adecuada. Inversores. Miembros de juntas directivas. Hay muchos contactos empresariales que hacer, por eso voy.

No dudaba de que lo decía en serio; toda la vida de Silas estaba dedicada a ganar dinero y a hacer crecer su imperio de capital riesgo. Pero yo sabía que había un corazón escondido tras toda esa armadura de brusquedad.

Ajusté el agarre sobre los cachorros, sintiendo cómo uno de ellos suspiraba contra mi clavícula.
—Eso es... bueno —dije con cuidado.

Silas me sostuvo la mirada. Su expresión se volvió vigilante, aún más reservada.

—Gio te ha hablado de mis padres.

No era una pregunta.

Asentí. —Yo solo... —Me detuve antes de decir alguna torpeza. En su lugar, me acerqué y dejé a los cachorros en un trasportín que esperaba forrado con toallas—. Si lo de esta noche es... difícil, no tienes por qué pasarlo solo.

Silas miró hacia otro lado, pero no antes de que yo vislumbrara al adolescente que una vez fue, con el dolor arrasando su vida.

—Estaré bien —dijo. Y con tono más afilado, añadió—: No he venido aquí a hacer terapia.

Gio resopló. —Pues me habías engañado.

Silas lo ignoró mientras se ajustaba los puños de la camisa. —Tengo reuniones a las que asistir. Gente a la que impresionar.

—Y cachorros a los que salvar —añadió Gio.

Silas resopló, recuperando su habitual aire sardónico. —No se lo digas a nadie, tengo una reputación que mantener.

—Nadie me creería de todos modos —se rio Gio.

—Antes de que te vayas —dije—, ¿querías ponerles nombre?

Un destello de sorpresa cruzó su rostro y, a pesar de negar con la cabeza, Silas dijo: —Nada estúpido como IRPF o Princesa Fifi. —Puso una cara como si la idea de un nombre divertido o tierno fuera una ofensa personal—. ¿De qué sexo son?

Eché un vistazo rápido. —Un macho y una hembra.

Pensó un segundo. —Leopold y Phoebe.

—Son nombres estupendos —sonreí.

Él asintió y se dio la vuelta para marcharse sin siquiera decir adiós, pero se detuvo en la puerta. —Deberías encontrarles buenos hogares —dijo,

sin mirar atrás—. Se merecen algo mejor que los contenedores.

—Lo haremos —prometí.

Se marchó sin decir una palabra más.

Durante unos segundos, el refugio recuperó su ritmo habitual: el murmullo de voces, el rascado de garras, el ladrido lejano de un perro que odiaba la hora del baño.

Exhalé.

—Le pasa algo —dije en voz baja.

Gio se me acercó por detrás, rodeándome la cintura con las manos y apoyando la barbilla en mi hombro. —Sí. Me he dado cuenta.

—Está... diferente.

Gio emitió un sonido de asentimiento.
—Griffin conseguirá que lo suelte.

Sonreí levemente. —Griffin le saca todo a todo el mundo.

—Sí, o bien los agota o bien les saca la verdad por sorpresa.

Me eché hacia atrás contra Gio, sintiendo su calor sólido, esa tranquila seguridad que todavía a veces me sobresaltaba por su firmeza. Su pulgar rozó la parte interna de mi muñeca, justo donde uno de los cachorros me había lamido.

—Eres feliz —murmuró.

No era una pregunta.

Me giré en sus brazos para mirarle de verdad. El hombre que una vez fue un fantasma de mi peor error, ahora estaba en medio de mi mejor vida.

—Lo soy —dije.

—¿Hay algo que te haría más feliz? —preguntó él.

Mi respuesta inmediata fue decir que no, que no era posible ser más feliz, pero entonces bajé la mirada hacia los dos cachorros que Silas había rescatado.

—Bueno... hay una o dos cosas que lo conseguirían —dije.

Gio frunció el ceño. —¿Qué? Pide lo que quieras y será tuyo.

—No tengo que ponerles nombre; Silas acaba de hacerlo —me reí—. Gio tardó un momento en captarlo y soltó un gemido.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—¿No te parece que son una monada? —dije, mirándole con mis propios ojitos de cordero degollado—. Sabía que no podrías resistirte mucho tiempo.

—Claro que lo son, son cachorros —admitió con un suspiro—. ¿Y qué pasa con Asher?

Nuestro perro era el amor de la vida de Gio tanto como lo era yo, y no me importaba en absoluto.

—Creo que le encantaría tener un par de hermanos —dije—. Asher era un perro sociable y solía andar por el refugio, enseñando a los

otros perros cómo ser un buen chico.

—Vale, pero si muerden mis zapatos de cuero italiano...

—Puedes comprar otros nuevos —me reí, dándole un pico en los labios—. No finjas que te enfadarías ni por un segundo, sabes que eres más blando que yo. ¿Quién comparte su filete con Asher?

—¡No es culpa mía que tenga buen gusto! Ha heredado mi amor por el solomillo —dijo soltando una carcajada.

—Entonces, ¿es un sí? —pregunté, sabiendo ya la respuesta.

Me besó entonces, un beso lento y familiar que seguía siendo de algún modo eléctrico, allí mismo entre caniles y carpetas y la vida que habíamos construido a partir de piezas rotas.

Detrás de nosotros, uno de los cachorros ladró con aprobación.

Me reí contra la boca de Gio, y él sonrió contra

mis labios, como si el futuro ya se estuviera desplegando: desordenado, complicado y lleno de corazón.

Y ninguno de nosotros iba a alejarse de él.

—Sí.

Le besé de nuevo.